



Quien mucho habla mucho yerra



“Locución”, en palabras de Prisca, emblemática del habla peculiar de don Alfredo que *a ella sin mayor conocimiento de su significado* — protestaba Graciela porque, lo sabía todo el mundo, le simpatizaba muy poquito y sacaba defectos a todo cuanto aquella decía — *le encanta utilizar* aunque, contemporizador el primo Diorante, tan manazas, “¿qué queréis de él?”, decía, por don Alfredo, “con tan poquísima iniciativa para sacar de su propio caletre algo que no sea, exactamente y sin ni quitar ni poner una coma, el tío Emiliano y nada ni nadie más que el tío Emiliano” desatando, aunque ponía cara de inocente y preguntaba *¿pero qué he hecho yo para que se ponga hecha una furia?*, la ira ahora verdadera de Graciela que lo acusaba de *dices eso para burlarte de mí*.

Él, el primo, se defendía de la inculpación acusándola, a su vez, de ser una chica muy insegura que necesitaba estar recibiendo elogios constantemente o que se acordaran, si querían, de qué pasó aquella vez que quien hacía de Ursina se despistó y no dijo aquello de «porque doña Graciela es muy fiable».

Entonces siempre había alguien que se echaba a reír diciendo *ya has vuelto, so tonto, a meter la pata*, porque se le olvidaba siempre que, como entonces, voluntariamente y por gusto y con agrado nadie quería acordarse y, como siempre, también, que esto ocurría, regresaba, tan emprendedor y optimista que era cuando las cosas le iban bien, con el ánimo enteramente por los suelos o, al menos, eso era lo que debía inferirse — y sería verdad, porque lo decía Genoveva y lo que decía Genoveva iba a misa — a la vista de sus hombros abatidos y de los gruñidos con que respondía a los saludos y las bromas con que solían acogerlo los chicos que, como era de esperar, se quedaban perplejos y confusos «porque —he aquí la ardua cuestión a dirimir —, ¿quién podía esperar de Diorante una actitud así?».

—No tengo la menor idea — era costumbre que terciase la señorita Violeta en tono seco; y, con su inveterado gesto adusto —: pero alguien tendrá que hacerlo.

Porque la señorita Violeta era antipática, sí, todo lo antipática que se quisiera, pero de tonta no tenía un pelo y, porque no lo tenía, se percataba en un momento de que lo que *era de esperar* había de, por fuerza y por lógica y por un

mínimo sentido de qué es la coherencia, ser esperado con gusto o con disgusto, a ella le daba lo mismo, y tanto si lo que se estaba deseando era largarse a jugar al patio como si lo que se estaba queriendo era acabar con su paciencia y terminar, todos, de cara a la pared y sin recreo «de manera que — los conminaba — ya podéis ir espabilando».

Y espabilaban, ¡vaya si espabilaban!

Aquel día, sin embargo y sin saber por qué, los acontecimientos no se estaban desarrollando como siempre; y ella, la señorita Ernestina, lo notaba.

Porque estaba — «estoy yo» se decía, siempre a solas porque le daba vergüenza presumir de sus dones — ella algo así como provista de un sexto sentido que la hacía percibir que, en ocasiones, aunque las cosas estuviesen aparentialmente funcionando no marchaban. Carecía, empero — y en este punto solía optar por no decirse nada — de agudeza para saber elucidar qué era lo que fallaba o, más coloquialmente, donde estaba el marrón; pero, como esta incapacidad suya la negaba por norma, sistemáticamente caía en el error de contentarse pretextando que la realidad puede a veces ser tan engañosa que, ella — «te voy a ser sincera», al espejo del cuarto de baño —, prefería ignorarla.

La señorita Violeta en cambio, no.

Sí; la señorita Violeta era muy diferente de la señorita Ernestina.

La señorita Violeta era plenamente consciente de sus defectos, de sus limitaciones, y aceptaba sin rubor ni vergüenza que, como ella decía, adonde no se llega no se alcanza y, por eso, por ignorar cuánto de lo que pudiera estar percibiendo por completo y por cierto enjuiciando se le pudiese estar escapando, se fijaba muchísimo.

—Porque, vamos a ver — y se colocaba exactamente en la misma ubicación y en idéntica postura que en la que tuviera que estar —: El problema... ¿dónde está?

—Lo he perdido — consideró, sólo en su pensamiento.

Los chicos se pondrían a dar saltos, seguro, como locos; los conocía como a la palma de su mano y sabía — esto no lo ignoraba — que lo que no iban a hacer era decirle, aunque lo estuvieran viendo ahí, junto a su pie, que señorita se le había caído.

Lo que sí haría, alguno, sería levantarse y venir a recogerlo y dárselo, así, en propia mano pero por pura cortesía y como si tal cosa; simulando, con un cinismo escandaloso, no percatarse del problema.

Lo descartó arrugando la nariz y dijo «no» con la cabeza. Luego, ya en voz alta, que era tarde, además.

Tarde porque los chicos hallábanse ya ahora tan inmersos en sus complejos cálculos que le dio no supo qué echarse atrás, así, por las buenas; y tarde también porque el recurso — utilizado ya en cierta ocasión por Ovidio cuando por hacerse el gracioso dijo que aunque Felipe se pusiera en el lugar de don Ildefonso los pichones del bodegón se iban a seguir viendo — encima de no ser original había tenido, ya entonces, una acogida malísima.

Se rebulló inquieta en el asiento y siguió cavilando.

–Recapitulemos — nada más en su cabeza.

Y se ponía, a ello, que era justo lo que tenía que hacer y ella del todo consciente, además, de cómo había que hacerlo.

No lograba sin embargo, allí, en su silla, de codos sobre su mesa de trabajo de siempre, mordisqueando el extremo del lápiz con el ceño fruncido tal como se los viera fruncir y mordisquear cuando se concentraba quien la hubiese conocido de siempre, recapitular en condiciones.

Se preguntó qué le estaba pasando. Se contestó que la respuesta estaba, si no a un paso — que tenía para sí como forma demasiado eufemística de medir distancias —, sí a la vuelta de la esquina; que era una cosa muy diferente y bastante, bastante más sostenible a la hora de efectuar comprobaciones... que iba a necesitar, porque quién iba a crearla sin aportar pruebas.

Así que... ¿qué; se iba y que aprovecharan para ponerse a copiar como leones? Porque Ernestina, con su proverbial perspicacia no albergaría la menor duda, pero... ella.

Se decidió por fin y salió andando, de puntillas y, antes incluso de lo que había supuesto:

– ¡Genovevaaaaaa!

– ¿Qué? — la otra; despeinada y con las mangas por encima del codo, doblando la esquina de vuelta del mercado.

Y que por qué gritaba.

-No sé — ésta, y que estaba preocupada.

- ¿Tú?

Asustada casi; y que al gritar su miedo le parecía menos... «más escénico, ¿no crees?».

-Ya, pero — dejando las bolsas en el suelo —, ¿por qué?

O que si es que ella «yo te» le había «he» dicho algo.

-No, pero...

- ¡Pues entonces!

-Bueno, es que verás; yo pensé que...

-Bobadas — otra vez con las bolsas, y que no pensara —; tú déjame eso a mí.

Y que *bueno, adiós*.

-Pero...

-Lo que has oído.

Y que mientras ella «yo no te» avisase no le...

- ¿Te das cuenta qué nerviosa estoy?

-Sí.

- ¿Y?

-Pues, psss — encogiéndose de hombros y qué querrá que ella le diga —; no como para aaa... eee...no sé cómo decirte, una medalla, pero bien. En líneas más o menos generales, claro.

Pero que, ahora, se calmara.

-No — ésta —; no me puedo calmar.

-Sí que puedes.

-No; no puedo.

-Violeta — otra vez las bolsas al suelo. Genoveva algunos días está tan harta que ganas le dan de no cruzarse de brazos; pero... ea, se cruza —; ¿eres una mujer inteligente, Violeta, o no lo eres?

-No lo sé.

-Violeta — descruza los brazos y se rasca una ceja —, que no estoy para bromas.

-No es broma, Genoveva; estoy confusa.

-Pues, hala; vuelve a tu misa y, allí...

-A misa, no.

-Pues... a tu novena — otra vez con sus bolsas y, con profundo hastío —: ¡Yo qué sé!

— *¡A tu novena!* — En tonillo compungido Violeta —, *a tu novena...* ¿Soy yo la abuela, acaso?

— La abuel... a ver, espera que me ponga las gaf... — y, tras un examen detenido de las cejas, las manos, el perfil —: Pues, no te quiero asustar pero, sí, eres la abuela.

— Qué graciosa.

— Lo digo en serio.

— Vale — el sentido del humor de Genoveva le ha resultado, de siempre, muy desconcertante —, soy la abuela. Y, ahora, ¿me ayudarás?

— ¿Y por qué tengo yo que ayudar, ni a ti ni al lucero del alba ni...

— Ah, sí, a nadie... «Ayúdate a ti mismo», ¿no es eso?

— Exactamente — enrollando el cordoncillo de sus gafas —, ¡pero como nunca tengo tiempo!

— ¿De qué?

— Nada; cosas mías — y, tras un profundo suspiro —: Resumiendo, que no tengo todo el día: que no quieres ni rezar ni calmarte ni ser un poquito comprensiva... ¿Algo más?

— Oh, no te pongas sarcástica.

— No me pongo sarcástica, pero, es que... Violeta, no os dais cuenta; pero me tenéis agotada, me volvéis loca.

— ¡Tú sí que no eres comprensiva!

— ¿Y qué necesidad tendría de serlo, si no soy nadie?

— ¿Lo ves? ¡¡Sarcástica, sarcástica; estás muy sarcástica!!

— ¿De veras?

— ¡¡¡Sí, sí, sí!!! Y mira que lo siento, que tampoco yo quiero asustarte, pero es la pura verdad: te encuentro terriblemente sarcástica.

— Pues hija, no sé; yo no me noto nada — y, acariciándose la frente —: Cansada sí que estoy, pero... sarcástica... A menos que... porque, ¿te he dicho que eres la abuela?

— Vale, Genoveva; era una broma.

— Ah, «era una broma» — y, en tono neutro —: Eso lo soluciona todo.

— ¡Oh, cielo santo!

— No; si me parece bien.

—Bueno —Violeta se siente culpable —, ha sido una estupidez...

—Ya, pero entenderás que yo deba sentirm...

—Molesta; ya lo sé.

— ¡“Molesta”! ¡Es lo que me apabulla de las personas tan...! Violeta, voy a ser muy sincera: estoy que trino.

—Hija — porque Violeta se puede sentir culpable, sí, pero sólo hasta cierto punto — tampoco es para tanto.

—Violeta, por favor no tiemples gaitas.

—No tiemplo nada, Genoveva, pero... ¡pisar el cuello así...

—No se puede, ya lo sé; pero, como pudiera, no el cuello, ¡las tripas me pataleaba yo solita, del berrinche que tengo!

—Me sigue pareciendo desmedido, pero... ¿no tendría que ser a mí?

— ¿A ti; encima?

—Si te sirve de algo...

—Y de qué me va a servir pobrecita — y le acaricia maternal el pelo y, contristada—: ¡angelito. Bastante tienes tú!

—Bah, mujer —se achicaba ahora Violeta—, si en realidá...

— ¡Ni en realidad ni en nada, Violeta! — y que las cosas como son: Se había equivocado.

— ¿Quién?

— Pues... — la otra, secándose ahora el sudor de la frente con la manga — ¿Quién quieres que sea?

— Oh, pues... — Violeta —. Yo...

— No, querida — le contesta, presionando afectuosa, aunque triste, el brazo de la otra —; te lo agradezco infinito pero esa no es una solución. Piensa otro poco, anda...

— Ya, ya; es lo que intento, pero... ¿Qué tal Quiteria?

— ¿Quiteria?

— Si — Y, encogiéndose de hombros —: al fin y al cabo, oye...

— Pues, precisamente porque “al fin y al cabo” — mordiéndose un padrastro Genoveva —, es un atajo

Quien mucho habla mucho yerra

demasiado... no sé, simplón; demasiado fácil, Violeta, no sé si lo entiendes... Además — concluye, desentendiéndose del padrastro — no sería justo echar sobre sus pobres hombros una carga añadida; está, lo sabe todo el mundo, un poco delicada.